

# Tan solo una aventura

Candice Hern



Traducción de María Otero González



PANDORA

Libros publicados de Candice Hern

**LAS VIUDAS ALEGRES**

1. En la pasión de la noche
2. Tan solo una aventura
3. Déjate llevar

Título original inglés: *Just One of Those Flings*

© Candice Hern, 2006

Diseño de la colección: © Alonso Esteban

Ilustración de cubierta: Retrato de madame Recamier (1777, 1849), de François Gérard/Bridgeman Art Library

Primera edición: septiembre de 2010

© de la traducción: María Otero González

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

Impreso por Litografía Rosés S. A.

ISBN: 978-84-9800-629-2

Depósito legal: B-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Quisiera dedicar con todo mi cariño esta novela a mi padre, que colma de halagos todas y cada una de mis obras aunque haga valientes intentos por no sonrojarse con las escenas de sexo.

## Agradecimientos

Una vez más, estoy en deuda con las Fog City Divas ([www.fogcitydivas.com](http://www.fogcitydivas.com)), que tanto me ayudan con sus ideas y sugerencias y que nunca parecen cansarse de escuchar: «¿Y qué ocurre a continuación?». Gracias también a mi editora, Ellen Edwards, por percatarse de los errores de la primera versión de este libro y ayudarme a enmendarlos; a mi representante, Annelise Robey, que siempre está ahí para levantarme el ánimo cuando las cosas se ponen difíciles; y a Krista Olson, quien diseñó tan maravillosa portada. Y, hablando de maravillas, me gustaría agradecer públicamente a Emily Cotler y su equipo de WaxCreative Design por el extraordinario lavado de cara de [www.candicehern.com](http://www.candicehern.com). ¡Me encanta cómo ha quedado la nueva página!

La colección Heeramanek de escultura india del LACMA (Los Angeles County Museum of Art) me ha servido de inspiración para la colección de lord Thyne. Muchos años atrás, cuando estudiaba arte de la India en la universidad, tuve el placer de poder visitar los almacenes que albergaban la colección Heeramanek, y jamás he podido olvidar cómo me sobrecogí y maravillé al ver todas aquellas piezas tan de cerca. Al igual que le sucede a lady Somerfield en este libro, yo también sentí la tentación de tocarlas. Asimismo, también me gustaría mencionar *White Mughals*, un excelente libro de William Dalrymple que me inspiró algunas de las experiencias vividas por lord Thyne en la India.

# 1

Londres, primavera de 1813

No podía apartar la vista de ella. Gabriel Loughton, marqués de Thayne, había acudido al baile de máscaras que se celebraba en casa de los Wallingford con el expreso propósito de contemplar a las jóvenes bellezas de esa temporada,<sup>1</sup> pero sus ojos se desviaban una y otra vez hacia la esbelta y elegante mujer vestida de Artemisa, la Cazadora.

No se trataba de una joven en su primera temporada. Por la forma en que observaba los movimientos de una bella y joven pastora que bailaba con un caballero con penacho, a Thayne no le sorprendería que su Artemisa fuera la carabina de la joven. O incluso, Dios no lo quisiera, su madre.

Sin embargo, no tenía aspecto de ser la madre de nadie. La túnica griega que llevaba apenas si disimulaba su curvilínea figura. Incluso el más mínimo movimiento hacía que la seda amarilla se deslizara y pegara seductoramente a su piel. Llevaba los brazos deliciosamente desnudos, a excepción de un brazalete de oro en forma de serpiente que lucía en uno de ellos. Thayne siempre había considerado los brazos

---

<sup>1</sup> N. de la t.: «Season», temporada en la que tienen lugar los eventos sociales más destacados del año.

de la mujer como una de las partes más sensuales de su cuerpo, y maldecía la tan británica moda o sentido del decoro (o lo que quiera que fuese aquello) que obligaba a la mayoría de las mujeres a cubrir tan fascinante belleza con mangas o guantes largos. Incluso en un baile de máscaras, en los que por lo general se consentía cierto atrevimiento en el vestir (y mostrar un poco más de piel incluso), no se veían demasiados brazos desnudos. Ya fueran lecheras o reinas, con vestidos *vandykeianos* o de inspiración turca, casi todas las mujeres llevaban los brazos cubiertos. Sin embargo, y para deleite de Thayne, no ocurría así con sus pechos. Incluso pudo ver algún hombro sin cubrir. Pero había muy pocos brazos descubiertos, y solo un par le resultaban de interés.

Se regaló la vista con aquellos pálidos y esbeltos brazos que se movían grácilmente conforme ella hablaba. Deseaba tocarlos; rozar suavemente, muy suavemente, aquella piel de porcelana con sus dedos y ver cómo se estremecía con sus caricias.

Quizá era la palidez de su piel lo que le había llamado la atención. Llevaba el cabello (o quizá era una peluca; no estaba seguro) cubierto con polvos amarillos y destellos dorados que relucían con la luz de las velas. Su verdadero cabello bien podría ser oscuro, pero no lo creía. Su piel tenía la translucidez comúnmente asociada al cabello claro. Y eso era muy inglés. Tras ocho años en la India, donde había estado rodeado de exóticas bellezas de piel oscura, la piel de Artemisa era un regalo para sus ojos.

Y, sin embargo, la sala estaba llena de bellezas inglesas con piel de porcelana y ojos azules. Había algo más en Artemisa que atraía su atención. Su elegante peinado le intrigaba. Llevaba un recogido alto sujeto con pasadores dorados, y las ondas de sus cabellos le recordaban a las estatuas antiguas con que su padre decoraba los jardines. Muchos de los invitados llevaban el cabello empolvado, pero la mayoría llevaba el habitual empolvado blanco. El empolvado amarillo habría sido suficiente para

hacer única a Artemisa, pero los destellos dorados la hacían resaltar más aún. Era una mujer con un estilo y una confianza en sí misma que le hacían destacar sobre el resto. Un largo bucle caía sobre su hombro y se movía de forma tal que todo apuntaba a que se trataba de su cabello, y no de una peluca. Lo que daría por ver aquel cabello suelto y poder hundir sus manos en él.

Maldición. Su primera noche de vuelta en Londres y ya se estaba comportando como un colegial dominado por sus bajos instintos. No sin esfuerzo, Thayne logró apartar la vista de aquella Artemisa de piel de porcelana. No tenía sentido comerse con los ojos a quien, sin duda, era la esposa de alguien y probablemente la madre de alguien. No esa noche. No había acudido al baile de máscaras para buscar una amante. Por mucho que le costara admitirlo, había acudido a buscar una futura esposa. O, para ser más precisos, a ver qué era lo que le deparaba la temporada antes de que su madre empezara, tan pronto como comenzara el día siguiente, a buscarle y mostrarle todas y cada una de las jóvenes que cumplieran con los inexcusables requisitos de pertenecer a una buena familia y poseer un físico agraciado. Cómo no, la duquesa tendría sus favoritas e intentaría que fuera una de esas candidatas la elegida. Pero Thayne no se dejaría convencer. Sería él quien tomaría la decisión. Tampoco es que tuviera unos requisitos demasiado estrictos. Siempre y cuando fuera razonablemente bella y no fuera una completa cabeza hueca, estaría satisfecho. Conocía sus obligaciones. Tan solo quería echar un vistazo rápido por sí mismo antes de que se diera el escopetazo de salida a la carrera matrimonial. Antes de que nadie se percatara de su regreso.

Tal como había esperado, un baile de máscaras era el acontecimiento perfecto para otear el terreno, razón por la que había engatusado a su hermana Martha, lady Bilston, para que le dejara usar su invitación. Tras la seguridad de las máscaras, por no hablar de sus elaboradas pelucas y disfraces, las jóvenes de

la alta sociedad se comportaban de una manera menos circunspecta, menos formal, con menor preocupación y ansiedad. Las carabinas no las controlaban tan rigurosamente. Thayne estaba convencido de que tendría que escoger a su futura esposa de entre un grupo de jóvenes tan salvaguardadas por las restricciones de la sociedad que jamás podría llegar a conocerla del todo. Al menos aquella noche, en la que nadie sabía de quién se trataba, esperaba poder vislumbrar a las verdaderas mujeres que se hallaban tras tan elegantes máscaras.

Observó como una bella joven morena, vestida con el traje de manga larga y tocado propio de las nobles del siglo catorce, flirteaba con su pareja de baile. Sus coquetos ojos brillaban tras la máscara mientras recorría con un dedo juguetón la manga de su acompañante. La escena resultaba absolutamente encantadora, pero Thayne estaría dispuesto a apostar que, si se hubiese tratado de un baile normal, ella jamás se habría comportado de una forma tan seductora, pues su carabina habría sido mucho menos permisiva con ella. Intentaría averiguar de quién se trataba.

Siguió evaluando a las candidatas potenciales apoyado lánguidamente en una columna de un rincón alejado de la sala. Algunas de las bellas jóvenes allí presentes bien se merecían un segundo vistazo: una lechera de piel nívea con una sonrisa encantadora; una infanta española con abundantes tirabuzones oscuros que llevaba recogidos a cada lado de la cabeza como si de las orejas de un spaniel se tratara; una joven con un pecho esplendoroso que lucía un escotado vestido de la época de Carlos II.

Thayne escogería a una o dos de estas jóvenes para bailar con ellas y averiguar así si, además de la belleza que poseían, también sabían conversar. ¿Sería alguna merecedora de su cortejo? ¿Tendría alguna de ellas el potencial para convertirse en marquesa?

Pero daba igual dónde mirara, sus ojos siempre volvían a ella. A la bella Artemisa, con la pequeña aljaba que pendía de su



hombro, repleta de diminutas flechas doradas. Su cuerpo se movía ligeramente al son de la música con la sensual gracia propia de una experta *ganika*, una de las cortesanas más valoradas y codiciadas en las cortes de la India. Pero la suya no era una gracilidad estudiada. Era algo natural en ella, lo que resultaba todavía más seductor.

Ella sonreía mientras hablaba con la mujer que tenía a su lado y que iba ataviada con un elaborado vestido isabelino, una peluca de rizos pelirrojos y una enorme gorguera alrededor del cuello. El cuello y la minuciosidad y complejidad del traje, que dificultaba el movimiento de la mujer hasta el punto de que solo podía mover la cabeza y las manos, contrastaba notoriamente con la caída natural de la túnica de seda de su acompañante. Estaba casi seguro de que la «reina Isabel» era la anfitriona del baile, lady Wallingford, pero no lo podía decir con total seguridad puesto que había llegado tarde para evitar las presentaciones formales.

¿Quién era Artemisa, entonces? ¿Una amiga? ¿Un familiar de lady Wallingford? ¿La habría visto alguna vez, en la ciudad, cuando era más joven? Sin duda ocupaba una posición alta en la sociedad, de lo contrario no estaría en tan exclusivo acontecimiento ni se codearía con la anfitriona.

Artemisa se encogió grácilmente de hombros y Thayne observó el movimiento ascendente y descendente de aquellos pálidos hombros. Sí, definitivamente había algo más en ella que despertaba su interés aparte de su piel y su estilo. La sutil forma en que hacía ostentación (quizá de una manera totalmente inconsciente) de las curvas que cubrían la túnica griega, la manera en que ladeaba levemente la cabeza, la manera en que sonreía. Y algo más, algo indefinible, un aura de sensualidad que irradiaba de su persona y que podía percibirse incluso desde la distancia.

Aquella mujer recorrió con la mirada la sala hasta que sus ojos se toparon con los de Thayne. Arqueó sus elegantes cejas

por encima de la máscara dorada mientras lo miraba y las comisuras de sus labios se elevaron como si le agradara, o quizá le divertiera, saberse observada por él. Antes de que él pudiera devolverle la sonrisa, sin embargo, ella se marchó. Solo había sido un segundo, pero aquella atractiva mirada había sido lava para sus venas. ¡Dios, era esplendorosa!

Thayne sonrió mientras un plan comenzaba a tomar forma en su mente.

Había acudido al baile de máscaras para retomar las actividades de la alta sociedad sin que nadie supiera de quién se trataba, aunque había estado fuera tanto tiempo que dudaba mucho que alguien lo reconociera incluso sin el disfraz y la máscara. No deseaba que las candidatas a convertirse en su futura esposa supieran de su identidad aún y que comenzaran a lisonjear y a adular al marqués de Thayne. Mientras observaba a Artemisa, sin embargo, pensó que también sería justo cortejar a una amante ataviado con un disfraz, alentar una capitulación sin hacerla concedora de su título y fortuna.

No podía apartar la vista de ella. Era el momento de hacer algo más que mirar.

Beatrice Champion, la condesa de Somerfield, se ajustó el cinto dorado que le cubría la cintura y se ahuecó el blusón que caía sobre este. Se sentía realmente desnuda con ese maldito disfraz. No sabía qué se le había podido pasar por la cabeza para llevar algo tan atrevido (incluso las sandalias doradas que vestía dejaban al aire sus tobillos), pero eso era lo divertido de un baile de máscaras, ¿no? Mostrarse un poco atrevida, un poco descarada. Su sobrina Emily se había escandalizado al verla, aunque solo porque temía que Beatrice pudiera desviar la atención de ella. Pero no había transcurrido ni un segundo antes de que Emily se diera cuenta de que nadie se fijaría en una carabina mayor y viuda, independientemente de cuán provocativa fuera.

—Después de todo —había dicho—, se colocará en la pared con el resto de carabinas y viudas, por lo que es poco probable que nadie repare en usted. No entiendo por qué se ha molestado en llevar un disfraz así cuando un simple dominó habría sido suficiente.

—Mi modista insistió en que lo llevara —había dicho Beatrice en su defensa—. Dijo que los atuendos de la época clásica están muy de moda.

—Y así es —dijo Emily—, pero para alguien menos...

Pareció como si se hubiese mordido literalmente la lengua. Beatrice se echó a reír y terminó la frase que su sobrina tenía en mente.

—¿Mayor?

Emily negó con la cabeza y sus mejillas adquirieron un bonito rubor rosado. Después cambió de tema y comenzó a hablar de las bondades de su disfraz y de si el cuello no tendría demasiado encaje.

A Beatrice no le importaba lo que pensase su sobrina. Era madre de dos hijas, pero aquella noche no se sentía mayor. No con ese disfraz. Es más, a pesar de tener ya treinta y cinco años, había algo en la forma en que los pliegues de la seda rozaban su cuerpo que le hacía sentirse muy... femenina. Sensual, incluso. Especialmente cuando un caballero no dejaba de mirarla.

Se preguntó quién sería. No había forma de averiguar su identidad bajo aquel exótico disfraz que suponía era indio. ¿Lo conocía? ¿Por eso lo había descubierto mirándola tan a menudo? Incluso cuando le daba la espalda podía sentir sus ojos fijos en ella, como una caricia desnuda que le hacía estremecerse.

¿Qué tipo de hombre podía hacer que el cuerpo de una mujer reaccionara de esa manera con tan solo mirarla? ¿Y qué tipo de descarada mujer sentía la necesidad de mostrarle su cuerpo con sutiles movimientos que sabía que hacían que el vestido se pegara más a su piel?

Beatrice apartó esos pensamientos de su mente. Para ella, aquella nueva percepción de su cuerpo y de la reacción de los hombres ante él era algo totalmente nuevo. Hacía pocas semanas que era plenamente consciente de cómo la miraban los hombres y de su propia reacción al respecto. Había enviudado hacía tres años y echaba en falta la intimidad física que había compartido con su esposo. A pesar de que no deseaba casarse de nuevo, en los últimos tiempos había comenzado a desear volver a disfrutar de esa intimidad. Y, cuando un hombre la miraba de una forma que no dejaba dudas en cuanto a sus intenciones, Beatrice no se escandalizaba, como una respetable viuda haría. Por mucho que le avergonzara admitirlo, le gustaba.

La culpa era de sus amigas, con todas aquellas conversaciones sin tapujos acerca de amantes y habilidades amatorias que habían tenido últimamente. En privado se hacían llamar las Viudas Alegres, si bien en público mantenían el decoro que se les suponía a las damas de su condición. Cuando Penélope, lady Gosforth, les había confesado que tenía un amante, había logrado convencer al resto de ellas para que hicieran lo propio. O al menos hacer el esfuerzo de buscar uno. Ninguna de ellas hasta la fecha lo había logrado. Excepto, quizá, Marianne Nesbitt, que en ese momento se encontraba en una fiesta en la finca de lord Julian Sherwood, donde probablemente acabarían compartiendo lecho. Esa era con toda probabilidad la razón de ser de aquella fiesta. El resto de las Viudas Alegres también había acudido. Beatrice había tenido que declinar la invitación por el baile de máscaras de aquella noche, pues Emily estaba decidida a acudir. Además, los Wallingford eran los tíos de la joven. No acudir a su fiesta habría resultado muy descortés.

Beatrice estaba contenta de haber acudido después de todo, y de que su modista la hubiese convencido de que llevara la túnica griega. No se había puesto deliberadamente ese vestido de seda para captar la atención de algún hombre (¿o quizá sí?), pero lo cierto era que había funcionado. Se preguntó si el

caballero desconocido pensaba comérsela con los ojos desde la distancia durante el resto de la noche o iría a hablar con ella, incluso a pedirle que le concediera un baile.

Observó como una pareja abandonaba la sala cogidos del brazo (¿un encuentro privado, quizá?) y pensó de nuevo en sus amigas. Marianne posiblemente regresaría de la fiesta con infinidad de detalles acerca de su propio encuentro romántico. Esa era una de las partes del pacto de las Viudas Alegres, ser francas entre ellas respecto a sus actividades sexuales. Penélope, que no había perdido el tiempo y ya tenía un nuevo amante en la ciudad, no había escatimado en detalles. Mientras Beatrice sentía de nuevo los ojos del intrigante desconocido fijos en ella, todas aquellas conversaciones volvieron a su cabeza.

—¡Viene hacia aquí!

Beatrice fingió indiferencia ante el susurro de lady Wallingford, aunque los músculos de su estómago se le encogieron de los nervios.

—¿Quién? —preguntó en un tono desinteresado.

Lady Wallingford resopló a modo de mofa.

—Ya sabe quién. El apuesto hombre vestido de marajá. El que no ha dejado de mirarla en toda la noche. Al que ha estado fingiendo ignorar. Pero he visto como sus ojos se desviaban una y otra vez en su dirección.

Beatrice miró a su amiga como si negara haber hecho tal cosa, pero el centelleo de complicidad de los ojos de lady Wallingford tras la enjoyada máscara isabelina la dejó desarmada. Sonrió avergonzada y le preguntó:

—¿De quién se trata, Mary? ¿Lo conoce?

—No tengo idea alguna. Como bien sabe, no hemos recibido a los invitados para que todos pudieran mantener su identidad en secreto si así lo deseaban. Pero para poder acceder a la fiesta ha tenido que mostrarle una invitación a nuestro mayordomo. Así que he tenido que haberlo invitado.

—A menos que haya utilizado la invitación de otra persona.

—Supongo que podría darse esa posibilidad —dijo Mary—. No sé de quién podría tratarse. Pero, con la máscara y el turbante, hasta podría ser lord Wallingford y aun así no lo reconocería.

—Dudo mucho que su marido fuera a mirarme de la forma en que este marajá lo ha hecho.

—Si lo hace —dijo Mary—, será mejor que no esté yo delante.

Beatrice miró a su amiga y las dos rompieron a reír ante la mera idea de que el reservado y corpulento de lord Wallingford coqueteara con otra mujer.

—Baile conmigo.

Beatrice pegó un brinco al escuchar tan grave voz. Se dio la vuelta y ahí estaba el desconocido marajá, tendiéndole la mano. De cerca resultaba incluso más fascinante. Mary tenía razón en cuanto a que la máscara y el turbante eran un disfraz de lo más efectivo. Apenas si se podía vislumbrar su verdadera identidad: ojos oscuros tras la máscara, una boca bellamente dibujada, mandíbula firme y un pequeño hoyuelo en la barbilla. El turbante sí dejaba entrever unas oscuras patillas. Estaba por encima de la media en cuanto a estatura, si bien tampoco era exageradamente alto, y era de complexión fuerte y anchas espaldas. Beatrice tenía la impresión de que tenía una edad similar a la suya. Y era extremadamente viril. Cada centímetro de su piel, incluso el comienzo de su cuerpo cabelludo, se estremecía ante su cercanía.

*¿Quién es ese hombre?*

—Baile conmigo —repitió en aquella voz rica y grave de tono dulce y melodioso.

No era una petición. Era una exigencia. O más bien un *fait accompli*, como si supiera que ella deseaba bailar con él, que lo quería a su lado.

Beatrice nada deseaba más que tomar la mano que aquel desconocido le ofrecía, pero su mirada se desviaba inevitable-

mente a la pista de baile, donde Emily bailaba con el joven lord Ealing. Le había sido encomendado ejercer de carabina de su sobrina, ya que la madre de la joven (la hermana de Beatrice, Ophelia) tenía que permanecer en reposo con una pierna rota. En un evento así, donde las restricciones del decoro no eran tan estrictas, no podía perder de vista a aquella testaruda. Beatrice no estaba aquí para su propio disfrute.

Pero aquellos oscuros y ardientes ojos bajo la máscara la llamaban.

—Vaya con él —le susurró Mary, y le dio un discreto empujoncito.

Beatrice miró de nuevo la tentadora mano, y después al lugar donde se encontraba Emily.

—¿No le importa? —le preguntó a Mary, si bien no apartó la vista de su sobrina, cuya deslumbrante sonrisa tenía a su joven pareja de baile totalmente desarmado.

—Por supuesto que no. —Señaló a la pista de baile para indicarle a Beatrice que estaría pendiente de Emily.

Beatrice podía confiar en ella. Después de todo, Mary también era tía de la joven. Su hermano era sir Albert Thirkill, el padre de Emily. Pero como Mary era una mera vizcondesa, Ophelia, siempre buscando lo mejor para ella y los suyos, había escogido a la hermana con el título más alto para que hiciera de carabina de su hija.

—Vaya y baile con él. —Mary le dio otro empujoncito hacia el marajá—. Páselo bien.

—Gracias, Mary. —Beatrice respiró profundamente y colocó su mano sobre la del marajá.

Como ninguno de los dos llevaba guantes (algo que uno se podía permitir en un baile de máscaras, dependiendo del disfraz que llevara), el roce de piel contra piel resultó momentáneamente desconcertante. Él acarició sus dedos de una forma que hizo que Beatrice contuviera el aliento. Al oír su respiración entrecortada, él sonrió y se llevó los dedos a sus labios. En vez

de realizar un casto saludo, sin embargo, lamió sus nudillos con la punta de la lengua de una forma muy discreta, tanto que ni siquiera Mary podría haberse percatado de lo que había hecho. A menos que hubiese percibido la repentina rigidez de Beatrice y el estremecimiento que le había recorrido los omóplatos.

Antes de que pudiera recobrar la compostura, el marajá colocó sus todavía hormigueantes dedos en su brazo y la condujo hasta la pista de baile.

Beatrice rememoró mentalmente todos los caballeros de cabello y ojos oscuros que conocía, pero no fue capaz de asociar a ninguno con el hombre que tenía a su lado.

—¿Lo conozco, señor?

—Lo dudo.

A pesar de que ella también llevaba una máscara y su melena pelirroja empolvada, Beatrice estaba casi segura de que su disfraz no ocultaba su identidad. La mayoría de sus amigos la habían reconocido.

—¿Me conoce?

—Es Artemisa, la Cazadora. Una cazadora bellísima.

—Gracias, señor. Pero ¿no recuerda la venganza de Artemisa contra los hombres que osaron mirarla?

Él sonrió.

—Ah, sí. El desafortunado Acteón. Pero no está bañándose en privado, por lo que debe perdonarme. Me he visto superado por su belleza.

—¿No está asustado, entonces? Llevo un arma. —Sonrió y señaló al arco y a la aljaba que llevaba en el hombro.

—Yo también llevo un arma. —Señaló una daga incrustada de piedras preciosas que portaba en su cinturón—. Pero la mía es de verdad, se lo aseguro, mientras que creo que la suya es meramente decorativa.

—Entonces quizá sea yo la que debería estar asustada.

Él la miró con unos intensos ojos oscuros.

—Quizá.



Dios santo, ¿quién era ese hombre?

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó de nuevo.

—Es poco probable.

Era una norma no escrita de los bailes de máscaras que no era necesario desvelar la identidad de uno hasta la medianoche, momento en el que todos se quitaban las máscaras. Obviamente, él no iba a anticiparse a ese momento. Beatrice no siguió presionándolo, a pesar de la curiosidad que sentía.

Cuando llegaron a las filas en las que estaban colocados los invitados que iban a bailar, alcanzó a ver a Emily en la siguiente fila, sonriendo a lord Ealing. Justo en ese momento, su sobrina alzó la mano y movió la pluma alargada del sombrero de ala ancha del caballero. Oh, Dios mío. Beatrice rogó por que la joven no estuviera coqueteando en exceso. A pesar de su gran confianza en sí misma y de lo serena que era, Emily era muy joven (aún no había cumplido los dieciocho) y muy inocente.

Se volvió. El marajá la estaba mirando.

—Bailemos —dijo.

Santo Dios, hasta su voz le producía escalofríos. Y le hacía olvidarse de sus obligaciones como carabina.

Ocupó un lugar enfrente de ella y su mirada fue deslizándose por su cuerpo mientras esperaban a que la música diera comienzo. Se sintió más desnuda que nunca bajo esa cálida mirada que estudiaba la seda que caía sensualmente por sus caderas y muslos. Se mantuvo erguida y sacó pecho.

¿Qué le estaba ocurriendo? Jamás antes se había comportado de una manera tan licenciosa. Cuando los ojos del desconocido regresaron a los suyos, se sentía tan envuelta por esa cálida y oscura mirada que parecía como si no hubiese nadie más a su alrededor. No se había visto tan afectada por la presencia de un hombre desde que Somerfield falleciera. Su marido tenía en ocasiones esa misma mirada. Una mirada de puro deseo. Una mirada que le hacía sentirse viva y femenina y... sexual.

La música comenzó y Beatrice bajó de las nubes. Le encantaba bailar e intentó concentrarse en los pasos que realizaba la pareja principal. Pero estaba tan distraída por el exótico desconocido que tropezó un par de veces. La mano de él la sostenía cada vez que esto ocurría, distrayéndola aún más.

Cuando algún paso del baile requería que unieran las manos, el contacto entre ellos era casi eléctrico. Piel contra piel enviando mensajes secretos. Beatrice se sentía sobrepasada por un deseo puro y libre. Cada uno de sus movimientos tenía un dejo de sensuales promesas. Casi había olvidado lo potentes que podían ser esos sentimientos, pero al menos siempre había tenido a Somerfield para ocuparse de ello. Ahora... ahora no había nada que pudiera hacer respecto a ese desconocido y a cómo la hacía sentir.

Cuando no se tocaban, Beatrice disfrutaba contemplándolo. Se movía con una poderosa elegancia, como un enorme tigre que había visto una vez en Polito's Menagerie, arrogante, lleno de una masculina confianza. Había otros dos o tres hombres en el baile con atuendos indios, pero su disfraz era diferente a todos los ropajes que había visto antes. Vestía una especie de casaca con elaborados y profusos adornos dorados por encima de unos pantalones que caían en pliegues sueltos hasta sus pies, e iba calzado con unas babuchas que se curvaban en el empeine. Llevaba joyas alrededor del cuello y en el turbante. Un fajín largo y lleno de colorido con puntadas de hilo dorado que sostenía la amenazadora daga se ajustaba en su cintura. A pesar del atuendo y de las joyas, el efecto global era sorprendentemente masculino. Quizá era la daga. O quizá el hombre en sí.

Beatrice pensó de nuevo en sus amigas, las Viudas Alegres. Les había dicho que no tenía tiempo para amantes ese año, no teniendo que vigilar a Emily y a sus dos hijas. Pero ese hombre, ese desconocido, le hacía sentir que quizá si podía sacar tiempo para ello.

Cuando, finalmente, el baile terminó, el marajá la cogió de la mano y la sacó de la pista de baile. Beatrice arqueó las cejas interrogante, pues todavía quedaba un baile más en ese turno.

—Venga, Artemisa —dijo—. Ninguno de los dos está interesado en bailar. Al menos no este tipo de baile público.

Sus palabras hicieron que un calor repentino le abrasara las venas, pues había comprendido perfectamente lo que quería decir. La garganta se le reseco y temió que no fuera a poder articular de nuevo palabra alguna.

Él no le pidió más palabras, sin embargo, sino que se limitó a conducirla fuera de la sala de baile (que era en realidad una enorme galería acondicionada para tal fin) y cruzaron las puertas que daban a una terraza. En la terraza había cerca de una docena de personas: damas abanicándose, parejas conversando... el marajá tomó nota de todos ellos, volvió a cogerla de la mano y la condujo por la escalera de piedra en espiral que llevaba al jardín de la planta inferior.

En el jardín habían colocado farolillos chinos de papel y en él podían verse algunas parejas paseando por los senderos de grava. El marajá la llevó por un camino para a continuación volver sobre sus pasos y bajar por otro, y después por otro, buscando aparentemente un poco de privacidad. Finalmente, se alejó de los senderos trazados en el jardín y la llevó a un lateral de la casa.

En aquel lugar reinaba el silencio, salvo por el suave sonido de la música procedente del interior, y no había nadie. Estaba muy oscuro. La luna estaba escondida tras un grueso banco de nubes y un grupo de platanáceas y no había ningún farolillo cerca. La oscuridad era casi estigia.

El exótico desconocido se apoyó contra el muro y después tiró de Beatrice hacia sí, rodeando con un brazo su cintura. Con la otra mano comenzó a acariciarle el brazo. El roce de sus nudillos contra su piel desnuda dejó grabado el deseo en su cuerpo. El contacto con su piel despertó sus sentidos. Cada una

de las sensaciones que experimentaba se veía realzada por la oscuridad y el misterio que envolvía a ese hombre. No podía ver su rostro, ni siquiera las partes que no ocultaba la máscara. Pero sentía su firme cuerpo contra el de ella y su aroma, un masculino almizcle y algo más (¿sándalo, quizá?), se abría paso con brusquedad a través de sus papilas olfativas. No necesitaba verlo para ser plenamente consciente de cada centímetro de su ser.

—La deseo, Artemisa.

—Lo sé. —La voz de Beatrice sonó ronca, entrecortada.

—Y usted me desea.

—Sí. —No tenía sentido negarlo.

—Entonces permitamos que nos tengamos el uno al otro.

—Sonrió, bajó la cabeza y la besó.

El beso fue sorprendentemente seductor y pausado. Instantes después, el desconocido se retiró y aflojó los brazos que la rodeaban.

—Quizá deberíamos bajar las armas, ¿no cree? —Cogió la aljaba y el arco y los deslizó por su brazo. A continuación él se quitó la daga del fajín y la dejó caer al suelo.

Volvió a rodearla con sus brazos y dijo:

—Ahora ya podemos rendirnos.

La besó lentamente, explorándola, saboreándola, atormentándola con delicados asaltos a sus sentidos. Besó su labio superior, las comisuras de su boca y finalmente atrapó el labio inferior entre los suyos y lo succionó con dulzura. Beatrice se sintió mareada y abrumada ante tantas sensaciones. Se recostó sobre sus brazos y saboreó cada caricia de su lengua y labios.

El placer era profundo y abrumador pero, a pesar de ello, había un contrapunto de aprensión, de duda. Una insistente voz en su interior le susurraba que una mujer decorosa y respetable estaría escandalizada, que una mujer decorosa y respetable jamás permitiría que un perfecto desconocido la llevara al lugar más oscuro de aquel emplazamiento y la besara hasta hacerle perder el sentido.

Beatrice le dijo a aquella voz que permaneciera callada.

El marajá continuó con la lenta y fascinante exploración de su boca y finalmente se abrió paso entre sus labios, momento en el que el beso se tornó más urgente y profundo. Besó su boca sin tregua. Había dicho que la deseaba y ella podía sentirlo en

ese momento, sentía su deseo como si se tratara de algo tangible. Vertió su calor en ella hasta que sintió hervir su sangre. Ella se irguió y arqueó contra él, devolviéndole aquellos besos con una pasión tiempo atrás enterrada, pero nunca extinta del todo. Respondió a las enérgicas ofensivas de su lengua con avidez e impaciencia.

Sin avisar, la giró sobre sus brazos e intercambiaron posiciones, ella contra el muro, las caderas del desconocido presionando las de ella, su erección férrea y notoria contra el vientre de Beatrice. La besó de nuevo, empujando la lengua de Beatrice más profundamente al interior de su boca y acariciándola con la suya. Corrientes de calor seguían recorriéndole las venas, oleadas y oleadas de fuego, desde sus pies desnudos hasta su cuero cabelludo, hasta que sintió la calidez y humedad entre sus muslos y una parte de su cuerpo que no se había sentido tan excitada en más de tres años comenzó a latir con fuerza.

Las manos del desconocido se deslizaron por la seda de su túnica, trazando la curva de su hombro, columna y caderas, atrayéndola para sí. Beatrice lo exploró atrevidamente con manos y dedos igual de inquisitivos. Todavía estaba demasiado oscuro como para verlo bien, pero no necesitaba la luz de la luna para descubrir las formas y ángulos de su rostro y cuerpo. Mientras sus dedos recorrían el hoyuelo de su barbilla, su fuerte mandíbula y el puente de la nariz, se percató de que se había quitado la máscara. Sobresaltada, se dio cuenta de que ella tampoco la llevaba puesta y le pendía del cuello. ¿Se la había quitado ella misma? ¿Se la había quitado él? No sabría decirlo con certeza.

¿Importaba? En cualquier caso, estaba demasiado oscuro pero ¿por qué no podía evitar sentir una punzada de aprensión ante el hecho de que pudieran verse?

La ansiedad se evaporó cuando la boca del desconocido volvió a encontrarse con la suya y saqueó sus profundidades, despojándola de sus sentidos. Cuando pensaba que iba a volverse loca,

los labios del desconocido comenzaron a bajar, recorriendo su mandíbula, su barbilla y todo su cuello.

—Su vestido es poco... corriente. Para nada inglés.

Ella sintió el aliento de sus palabras contra su oreja mientras lamía la sensible zona del lóbulo.

—Es griego —acertó a decir, a pesar de que su cerebro parecía haber perdido todo amarre y vagaba sin rumbo por su cabeza.

—En el mundo antiguo tenían una noción de la vestimenta mucho mejor que la nuestra, ¿no cree? —le susurró—. Mientras que nosotros, los ingleses de la era moderna, no siempre nos sentimos cómodos en nuestros cuerpos y hacemos todo lo posible por esconderlos y atenazarlos, los vestidos griegos y romanos les concedían libertad de movimientos. No encerraban el cuerpo, sino que permitían que este se expresara con naturalidad. Debería llevar siempre túnicas así, Artemisa, tan poco inglesas a ese respecto.

Recorrió con un dedo el hombro donde la seda se recogía en pliegues y dejó que la túnica le cayera sobre el brazo. Su cálida mano acarició el ahora desnudo hombro y fue bajando hasta el pecho. Deslizó la mano bajo la seda para acariciárselo y soltó un leve gemido cuando su mano solo encontró ballenas y entretela.

—No tan libre y natural, después de todo —dijo—. Decorosamente confinados. Muy británico.

Aunque él no podía saberlo, los pezones de Beatrice se habían endurecido bajo las ballenas. Cómo deseaba no llevar el corsé. Deseaba sentir las manos de su amante en sus pechos.

Su mano abandonó la búsqueda y volvió a acariciar su brazo, trazando el contorno de su brazaletes en forma de serpiente.

—¿Y qué hay de su traje? —dijo ella señalando su elaborado disfraz—. Parece tan opresivo como el de un caballero inglés.

—Al contrario —dijo—. La ropa oriental es muy poco opresiva.

Y de repente sintió que una suave tela le hacía cosquillas en la cara. Comenzó a reír cuando la tela siguió cayendo sin cesar sobre su rostro.

—¿Qué es?

—Mi turbante. ¿Ve lo fácil que se quita?

—No puedo verlo, pero puedo sentirlo. —Con gran atrevimiento, alzó las manos y comprobó que ya no había ni rastro del turbante, y sus manos encontraron en su lugar cabellos suaves y abundantes.

—Oh. —Entrelazó los dedos entre sus cabellos y él gimió de placer.

Él le cogió las manos y las sostuvo por encima de su cabeza. Se las ató con holgura con la tela del turbante y las mantuvo unidas mientras besaba la parte interior de sus brazos y codos. Beatrice, que tenía muchas cosquillas, rió tontamente y se resistió a la dulce tortura de su lengua. Con un leve movimiento, sus manos quedaron libres de nuevo y rodeó con ellas el cuello del desconocido.

—Y no solo el turbante —dijo él— es fácil de quitar.

Notó cómo se subía el faldón de aquella especie de chaqueta o casaca y, con un movimiento de muñeca, los pantalones se soltaron y cayeron al suelo con un suave silbido. Otro movimiento rápido, y el peso contra su vientre fue real, cálido y totalmente libre. Estaba desnudo de cintura para abajo.

Si había que poner fin a lo que estaba sucediendo, ese era el momento. La razón le decía que se retirara, que mostrase algo de compostura antes de que fuera demasiado tarde, pero no lo hizo. Que Dios la perdonara, pero no quería parar. Deseaba aquello. Lo deseaba a él.

Comenzó a besar su cuello y Beatrice apoyó la cabeza contra el muro para que llegara mejor. Sus huesos se habían derretido. Si no se hubiera encontrado firmemente sujeta entre el muro y el cuerpo de él, se habría desplomado. Apenas si se dio cuenta del sonido del roce de la seda cuando le subió la túnica y deslizó



una mano por su pierna desnuda. El aire frío de la noche le acarició la piel de las pantorrillas y a continuación los muslos mientras él le subía el dobladillo hasta la cintura. La calidez de su mano sobre su fría piel, el roce de su muslo desnudo contra el de ella, y la aterciopelada presión de su erección contra su vientre hicieron que se le escapara un grito ahogado. Él lo sofocó con su boca, besándola profundamente.

Lo que quedaba de su razón, de su dignidad, de su cordura, se evaporó en ese preciso instante. Cediendo a la urgente demanda de su cuerpo, presionó descaradamente su cuerpo contra el de él, ajustando su peso para que la tomara. Estaba húmeda y excitada y lista para él. Impaciente. Deseosa.

—Así —dijo él.

La agarró de la corva, elevándole la pierna y colocándola alrededor de su cintura. Su sexo quedaba descaradamente abierto para él, pero todavía no la penetró. Por el contrario, la provocó y acarició, primero con sus hábiles dedos y después con la punta de su pene hasta dejarla húmeda y agonizante de deseo por él. Beatrice dejó escapar un gemido lastimero y él apartó la mano y le sujetó las nalgas. Presionó y de repente se encontró dentro de ella.

El deseo arrancó a Beatrice todo resquicio de razón, debilitando su decoro, su compostura, su intelecto. Se retorció contra la pared y rodeó con más fuerza su cintura. El desconocido comenzó con un ritmo lento, saliendo casi por completo de ella antes de volver a empujar hacia su interior. El cuerpo de Beatrice se arqueaba y retorció por el placer que le proporcionaba.

Involuntarios susurros de placer se le escapaban con cada respiración, gemidos de puro gozo acompañados con los movimientos del desconocido.

Sintió de nuevo la boca de él contra la suya. Dijo algo, una palabra que no entendió o que no pudo oír a causa de su respiración entrecortada.

—¿Qué? —le preguntó, jadeante, sin importarle demasiado si le respondía o no.

—*Jataveshtitaka* —dijo él e incrementó el ritmo—. El enlazamiento de la enredadera.

No tenía idea alguna de qué estaba hablando, pero no importaba. Se elevó un poco para poder recibirlo mejor. Cuanto más incrementaba el ritmo, más fuertemente se golpeaba Beatrice contra el muro. Percatándose de que iba a acabar lastimada, el desconocido sostuvo sus nalgas con las manos, protegiéndola así del muro.

Cuanto más rápido se movía él, mayor era la tensión que crecía en su interior, tanto que pensó que iba a quebrarse en pedazos. Iba a morir de placer, estaba segura de ello. Y sin embargo, no podía parar, a pesar de estar a punto de desfallecer, porque sabía adónde conducía aquello y, Dios, lo deseaba. Todo pensamiento, toda percepción, fueron arrojados a un lado para poder dar fin a ese insoportable dolor. Sus músculos internos se aferraron fuertemente a él y este dejó escapar un gemido. Comenzó a moverse contra él, más y más fuerte, para lograr llegar al final.

Y entonces sucedió. Una explosión de sensaciones tan poderosa que todo su cuerpo se tambaleó. Beatrice echó la cabeza hacia atrás y a punto estuvo de gritar cuando la boca de él cubrió la suya y amortiguó el sonido. Unos segundos después él cesó sus frenéticos movimientos y salió de ella. Beatrice sintió como el cálido líquido caía por su muslo.

Confusa y desorientada, cayó inerte contra el muro, aunque su sexo no había cesado de latir. Un diminuto rincón de su cerebro estaba agradecido por el hecho de que al menos uno de ellos hubiera tenido el sentido común como para considerar las consecuencias de lo que hacían. Ella había estado demasiado fuera de sí como para pensar de un modo racional.

—Dios mío —dijo él con la respiración entrecortada mientras, apoyado en el muro, se inclinaba sobre ella—. ¿O quizá

debería decir «Diosa mía»? Mi dulce Artemisa, después de todo, ha conseguido matarme.

La besó con dulzura y después se echó a un lado. Beatrice cerró los ojos e intentó dar sentido a lo que acababa de ocurrir, o a lo que había permitido que ocurriera.

Comenzó a temblar. ¿Se debía al frío de la noche? ¿O era porque de repente se había dado cuenta de que había perdido todo sentido del decoro y había intimado sexualmente con un perfecto desconocido? A pesar de que su cuerpo todavía repiqueteaba con los efectos secundarios del acto, su mente comenzaba por fin a funcionar con claridad y a comprender lo vergonzoso de su comportamiento.

*¿Cómo puedo haber hecho algo así?*

¿Cómo había permitido que llegaran tan lejos? Cuando salieron al exterior de la casa ella sabía que el desconocido la besaría pero ¿acaso se esperaba... esto? No, no se lo esperaba. ¿O sí? Dios santo, estaba tan confundida. Había disfrutado de su obvio interés por ella, había deseado que la besara. Pero ¿de veras se había imaginado que aquello llevaría a un anónimo encuentro sexual contra un muro? ¡Por todos los santos!

Una cosa sí era segura. Sabía cuándo había cruzado la línea y el momento en que la intimidad final se iba a dar. Podía haberlo parado; podía haber dicho que no quería. Pero no lo había hecho. Porque lo había deseado. No tenía sentido negarlo. Pero haberse dejado llevar por el deseo, haber mostrado una carencia total de dominio sobre sí misma, haber permitido que un desconocido accediera a su cuerpo... de repente se sentía estupefacta y estúpida.

No sabía si estaba alterada por tan escandaloso proceder o si se hallaba escandalosamente emocionada. ¿Debería sentirse avergonzada, asqueada o deliciosamente maliciosa?

Sí, se había sentido fascinada por su interés, se había sentido atraída por él. Y las máscaras, la música, la atrevida túnica... todo le había hecho sentirse más provocadora y osada. El

anonimato de su encuentro, el descaro del mismo, la habían excitado aún más y la habían investido de tan extraño coraje.

Coraje para comportarse como una libertina. Para dejarse seducir en un jardín en el exterior de una casa donde se celebraba un baile con cientos de personas. Personas que la conocían, que la respetaban, que la admiraban incluso por su trabajo en el Fondo de las Viudas Benevolentes. Personas que se quedarían completamente estupefactas si supieran lo que acababa de hacer.

Cuando Beatrice se había imaginado con un amante, y esos pensamientos no habían dejado de martirizarla últimamente, siempre había dado por sentado que se trataría de una aventura discreta que tendría lugar en la privacidad de una habitación. Pero esto... esta tempestuosa y desatada pasión en la oscuridad, contra un muro, con gente que podría verlos, con Emily en el baile... era algo que jamás podría haberse imaginado. Parecía tan sórdido, tan sucio.

Tan excitante.

En lo más profundo de su corazón, sabía que no estaba bien. No tenía que haber dejado que ocurriera. Lo mejor que podía hacer era marcharse de allí. Ahora que todo lo que había ocurrido seguía sin saberse. De repente le resultaba de vital importancia proteger su identidad. No deseaba que ese hombre supiera quién era aquella mujer que había aceptado darle su cuerpo de tan buen grado y ella tampoco deseaba saber de quién se trataba. Eso le facilitaría las cosas para aceptar la situación como un momento de locura, una anomalía impropia de su carácter. Sin duda ese hombre pensaría que se trataba de una libertina, una mujer para la que hacer el amor en la oscuridad de la noche con un desconocido carecía de importancia. Como una prostituta de Covent Garden. No deseaba que supiera que lady Somerfield era esa mujer.

Porque no era así. Ella jamás había hecho algo indecoroso o vergonzoso en toda su vida. Jamás había estado con otro hombre que no fuera Somerfield.

Todos esos pensamientos se agolparon en su cabeza en un instante, antes siquiera de acertar a apartarse del muro. Estaba lista para marcharse de allí cuando sintió que él le levantaba la túnica de nuevo. Dio un salto atrás con un grito. ¡No! No dejaría que volviese a importunarla. No dejaría que ese momento de locura se repitiera de nuevo.

Pero no la estrechó contra sí para volver a tener relaciones con ella. Usó una tela de seda para limpiarle las piernas.

—Deje que la ayude, Artemisa.

Pero ella se retorció contra su tacto. La imagen de su semilla cayendo por sus piernas, un recuerdo pegajoso de lo que había ocurrido, solo le hacía ser más plenamente consciente de lo burdo de aquel encuentro. Intentó zafarse de él, pero el desconocido se incorporó y la inmovilizó contra la pared.

—No huya, mi Artemisa.

La besó de nuevo y ella se apartó, luchando contra la atracción que su cuerpo sentía por él, en un intento por poner fin a aquella situación.

—Déjeme marchar —dijo, intentando parecer firme y contenida, pero temiendo que fuera a parecer justo lo contrario.

Sus manos la soltaron al instante y en ese momento ella supo que lo habría hecho en cualquier momento si se lo hubiese pedido. Él no la habría forzado. No la había forzado. No podía usarlo como excusa.

—No se vaya todavía —dijo—. Ni siquiera sé su nombre.

Y Beatrice quería que así fuera. Deseaba volver a la sala de baile, coger a Emily y marcharse discretamente. Estaba resuelta a que no conociera su identidad.

—Tengo que irme. —Se ajustó las faldas del vestido y se colocó el hombro de la túnica. Se llevó las manos al cabello para colocarse los rizos que se le habían salido del recogido y devolver algunos mechones díscolos a su sitio. Recordó que él le había acariciado el cabello y rogó a Dios que no tuviera un aspecto tan desastroso como el que se imaginaba. Cuando

volviera a la casa, ¿sabrían los que la vieran qué era lo que había estado haciendo?

Beatrice se pasó la mano con brío por la parte delantera del vestido. Rogó que los polvos del cabello no le hubieran caído a la túnica. Al menos eran amarillos y no destacarían mucho sobre la seda del vestido. Las motas doradas eran otra cosa. ¿Por qué había añadido ese adorno a su peinado? Se pasó las manos una y otra vez por el vestido y estiró los pliegues para sacudir cualquier resto de polvo o de destello dorado que pudiera haberle caído.

—¿No va a decirme su nombre?

Dejó de sacudirse, pero no alzó la vista.

—No.

—Me hace daño, Artemisa. ¿Cómo puede darme de una forma tan dulce su cuerpo pero no obsequiarme con su nombre?

—Lo siento. No puedo. Debo irme.

Se puso delante de ella, bloqueándole la salida, y ella lo empujó a un lado para poder pasar. Él dio un paso atrás. Y, en ese momento, un destello de la luz de la luna se abrió paso por entre los árboles e iluminó el muro que tenía a sus espaldas. Parpadeó ante aquella repentina luz.

¡Maldición! Podía ver su rostro.

Se apartó rápidamente de la luz de la luna y se colocó de nuevo la máscara mientras se adentraba en la oscuridad. Casi se tropieza con la aljaba y el arco. Los cogió a toda prisa y echó a correr hacia el jardín.

—Pero, Artemisa —le gritó—, ¿cuándo podré verla de nuevo?